

La isla de

PORTO SANTO

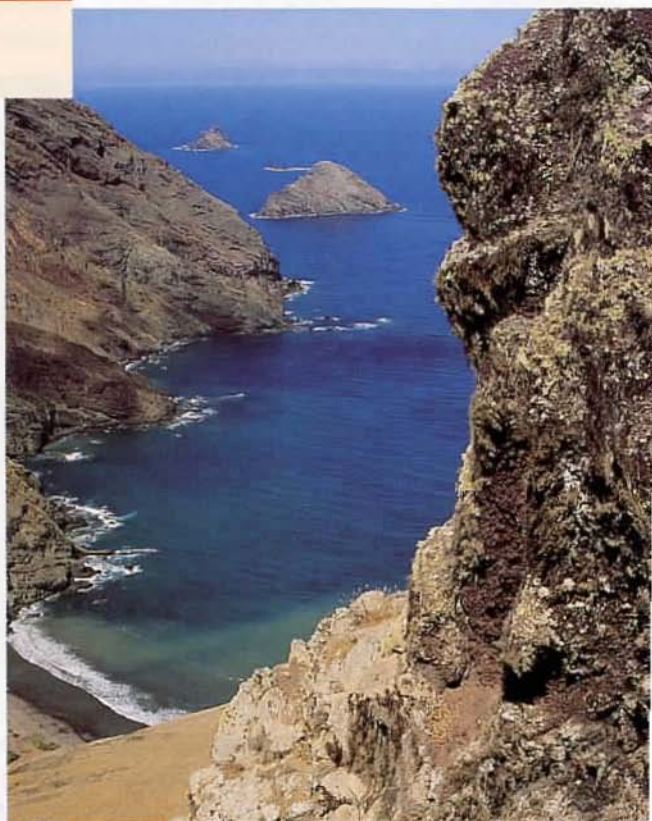
— Miguel Fernández del Castillo Andersen
Guillermo García Díaz
Rubén Barone Tosco
(Naturalistas)

(Fotos: R. Barone)

La pequeña isla de Porto Santo, la segunda en tamaño del archipiélago de Madeira, integrado también por la insula que le da nombre y por las Islas Desertas —tres islotes deshabitados— es de considerable interés para cualquier persona que se sienta atraída por el conocimiento de la Macaronesia. Hacia ella encaminamos nuestros pasos en dos ocasiones, en los meses de septiembre de 1994 y 1996. Fruto de nuestras observaciones, presentamos ahora estas impresiones sobre la naturaleza de Porto Santo —especialmente sobre su flora y fauna—, junto a una reseña histórica y humana.

El medio natural

Al igual que sucede con las islas orientales de Canarias, su escasa altitud —lo cual implica una menor influencia de los vientos alisios— y su relieve, menos abrupto que el de la vecina isla de Madeira —que ha determinado una protección inferior frente a la presión humana sobre el territorio—, han contribuido a que Porto Santo no sólo carezca de bosques sino que además presente en la actualidad procesos erosivos de consideración. La superficie de la isla es de aprox. 69



Vista de la costa este de Porto Santo, con los islotes (*ilhêus*) de Cenouras, do Meio y de Fora al fondo.

km², tiene una longitud máxima de 11,7 km, y 6 km de ancho. A pesar de la existencia de amplias llanuras, también destacan en Porto Santo varias montañas de notable altitud, si tenemos en cuenta la reducida superficie de la isla: Pico do Concelho (324 m), Pico do Castelo (437 m), Pico Branco (450 m) y Pico

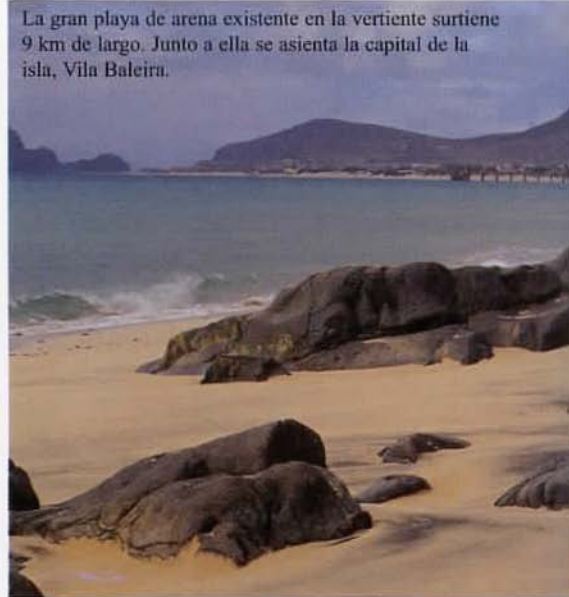
do Facho —que, con sus 517 m es la cumbre más alta de la isla—, entre otras.

La costa norte de Porto Santo es muy acantilada, mientras que en el sur una playa de 9 km de longitud constituye uno de los principales atractivos naturales de la isla. De arenas amarillentas, la playa es de origen orgánico, un tipo de costa casi inexistente en la vecina isla de Madeira. Junto a dicha playa se encuentra Vila Baleira, la capital de Porto Santo, y la totalidad de los hoteles y apartamentos de la isla.

Como ya hemos indicado, la vegetación de Porto Santo ha sido muy alterada por el hombre; donde debió existir un bosque o matorral termófilo y xerofítico con alta participación de dragos (*Dracaena draco*) —como reflejan diversas crónicas históricas—, encontramos hoy llanuras y laderas herbáceas. En la costa se conserva aún una muestra notable de vegetación halófila (adaptada a ambientes salinos) y psamófila (propia de zonas arenosas). La playa que ocupa gran parte del sur de la isla es quizás la zona más interesante para la observación de esta vegetación; en ella están presentes, entre otras, las siguientes especies: *Atriplex halimus*, *Frankenia laevis*, tarajal (*Tamarix gallica*), *Cakile maritima*, lechetrezna marina (*Euphorbia paralias*), *Salsola kali*, perejil de mar (*Crithmum maritimum*), *Lotus sp.* y *Polygonum maritimum*. En el este de la isla, también hay buenas formaciones de esta vegetación, característica del cinturón costero: es el caso de Calhãu da Serra de Fora, donde abunda *Euphorbia paralias*. Esta planta también es común en las formaciones dunares del norte de Porto Santo; en el sector este de la isla hemos comprobado la presencia, además, de *Plantago coronopus* y *Chenoleoides tomentosa*. No debemos dejar de mencionar a *Matthiola maderensis*; esta pequeña planta de flores de color malva, endémica del archipiélago de Madeira, puede ser observada desde los 0 a los

100 m s.n.m., aunque no de forma abundante.

En los llanos del interior son habituales algunas gramíneas como el cerrillo (*Hyparrhenia hirta*) y el panasco (*Cenchrus ciliaris*), junto a plantas típicamente ruderales: el tebete (*Patellifolia patellaris*) y la barrilla (*Mesembryanthemum crystallinum*). En estas llanuras también son frecuentes los tarajales, que han sido plantados a modo de setos, probablemente para atenuar el efecto de la maresía, y que como veremos más adelante son de gran valor para la avifauna local.

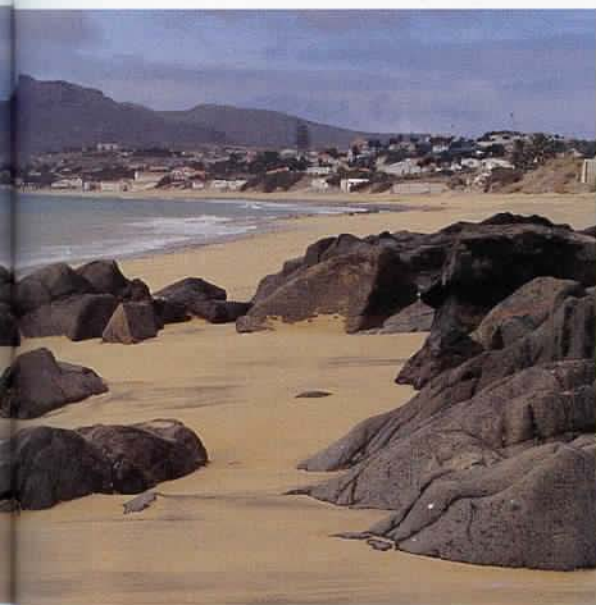


La gran playa de arena existente en la vertiente sur tiene 9 km de largo. Junto a ella se asienta la capital de la isla, Vila Baleira.

Es en las laderas de algunas montañas donde existe un estrato arbustivo más desarrollado, con la tabaiba de Madeira (*Euphorbia piscatoria*) a baja altitud y el tejo (*Erica scoparia ssp. maderinicola*) en las zonas más altas, junto a diversos endemismos madeirenses muy interesantes y amenazados, como el cabezón *Cheirolophus massonianus*, el peralillo *Maytenus umbellata* o *Sideritis candicans var. multiflora*, relegados a unos pocos enclaves. Son dignos de mención algunos bosquetes de pinos (*Pinus spp.*) y cupresos (*Cupressus macrocarpa*) en montañas tales

como Pico do Castelo y Pico da Cabrita. Sobre estas dos especies podemos indicar que, si bien siempre es discutible la utilización de flora no autóctona en repoblaciones —como ocurre en el caso que nos ocupa—, ésta quizás pudiera justificarse si tenemos en cuenta el fin con el que se ha realizado: frenar la erosión, un problema de gran magnitud en Porto Santo.

Tras habernos ocupado de la vegetación y flora de esta pequeña isla, es el momento de destacar algunos de sus valores faunísticos. Sin duda, las aves constituyen el grupo animal más



fácil de apreciar por el viajero que llega por primera vez a Porto Santo. Mencionaremos las especies según el hábitat que ocupan en la isla.

En la gran playa del sur y en Prainha —un pequeño enclave de charcos intermareales y arenales costeros— en el sudeste, las aves limícolas encuentran un ambiente propicio. En la playa y en Campo do Baixo —un llano que se encuentra detrás de ésta—, puede observarse el Chorlitejo Patinegro (*Charadrius alexandrinus*), que nidifica en bajo número. Tanto esta pequeña limícola como el Correlimos Tridáctilo (*Calidris*

alba) —del que pueden verse algunas decenas de ejemplares en los pasos migratorios— eligen los charcos que se forman en las rocas de la orilla como lugares idóneos para encontrar su alimento. Otras aves migratorias que aparecen en la franja costera o en alguno de los escasos arroyuelos son la Garza Real (*Ardea cinerea*), el Andarríos Chico (*Actitis hypoleucos*) y el Zarapito Trinador (*Numenius phaeopus*).

El grupo de aves más numeroso de Porto Santo es el propio de los llanos y laderas terroso-pedregosas con matorral bajo y disperso. Este es el hábitat de la Codorniz (*Coturnix coturnix*), la Perdiz Roja (*Alectoris rufa*), el Bisbita Caminero (*Anthus berthelotii madeirensis*) —un endemismo macaronésico compartido con Canarias y Salvajes—, la Abubilla (*Upupa epops*), la Curruca Tomillera (*Sylvia conspicillata orbitalis*) y el Gorrión Chillón (*Petronia petronia madeirensis*). La Collalba Gris (*Oenanthe oenanthe*) es un ave migratoria típica de prados y zonas esteparias que puede observarse de forma habitual en Porto Santo durante los pasos migratorios.

No podemos dejar de destacar la importancia que, en una isla tan árida como la que nos ocupa, tienen los matorrales para las aves. *Polygonum maritimum* y *Atriplex halimus*, por ejemplo, sirven de alimento a los Canarios (*Serinus canaria*), y tanto éstos como los Pardillos Comunes (*Carduelis cannabina guentheri*), Jilgueros (*Carduelis carduelis*) y Gorriónes Morunos (*Passer hispaniolensis*) abundan en los setos de tarajales y arboledas de frutales.

La ausencia de bosques hace muy difícil el establecimiento de especies forestales, por lo cual éstas se encuentran prácticamente ausentes. La Curruca Capirota o capirote (*Sylvia atricapilla*), que requiere al menos algo de arbolado disperso para poder nidificar, parece estar relegada a los jardines de la capital, Vila Baleira.

El grupo de las rapaces está representado en Porto Santo por el Cernícalo Vulgar (*Falco tinnunculus canariensis*) y el Busardo Ratonero o aguililla (*Buteo buteo*). La primera especie puede ser observada por toda la isla, si bien no parece ser abundante, mientras que la aguililla se encuentra más localizada, habiéndose detectado una pareja en el Ilhéu de Baixo en 1994. A ellas hay que añadir la Lechuza Común o coruja (*Tyto alba schmitzi*), como representante de los estrigiformes o rapaces nocturnas. En los mismos hábitats rocosos donde nidifican estas especies, está presente también el Vencejo Unicolor (*Apus unicolor*).

Entre las aves marinas no nidificantes merece la pena destacar al Charrán Patinegro (*Sterna sandvicensis*) y la Gaviota Sombria (*Larus fuscus*), fácilmente observables en Porto Santo durante los pasos migratorios y la época invernal. En cuanto a las especies que crían en la isla, desde la costa pueden verse la Gaviota Patiamarilla (*Larus cachinnans atlantis*) y, más localmente, el Charrán Común (*Sterna hirundo*); sin embargo, en mar abierto, entre Madeira y Porto Santo, aparece la Pardela Cenicienta (*Calonectris diomedea borealis*) en grandes cantidades. Los mejores enclaves de nidificación de ésta y otras aves marinas pelágicas como el Petrel de Bulwer (*Bulweria bulwerii*) o la Pardela Chica (*Puffinus assimilis baroli*), son los diversos islotes rocosos próximos: los Ilhéus de Baixo, Ferro y Cima, principalmente, donde se encuentran a salvo de ratas y gatos, sus peores enemigos.

En lo que respecta al resto de la fauna vertebrada, hay pocas especies autóctonas. Destaca en este sentido un reptil, la Lagartija de Madeira (*Podarcis dugesii*), muy común en Porto Santo así como en la vecina Madeira, que es sensiblemente inferior en tamaño a los lagartos canarios. Existe al menos una especie de anfibio —introducida

por el hombre—, la Rana Común (*Rana perezi*), que está presente en estanques y

arroyos temporales. También han sido introducidos algunos mamíferos, a saber: el Ratoñ Doméstico

tituir otra amenaza si no se realiza un esfuerzo por compatibilizar esta nueva industria con la conservación de los hábitats costeros y de las especies que viven en ellos.

Historia y sociedad

El archipiélago de Madeira fue descubierto entre 1419 y 1420, atribuyéndose la primera fecha al encuentro de la isla de Porto Santo por los escuderos del Infante D. Henrique: Gonçaves Zarco y Tristão Vaz, junto a navegantes portugueses de la escuela náutica de Sagres, en el reinado de D. João I. Tanto Zarco como Tristão van a ser pobladores, recibiendo las capitanías de Funchal y Machico respectivamente.

Por lo que respecta a Porto Santo, su primer capitán va a ser Bartolomeu Perestrelo, hidalgo de la casa del Infante D. Henrique, el cual acompañó a los descubridores en el segundo viaje a las islas, con la intención de colonizarlas. Pronto abandona su empresa, alegando que los conejos introducidos en la isla son una plaga que condicionan los cultivos. Las causas seguramente fueron otras, más relacionadas con la pobreza de la tierra, la falta de lluvias, de arborización y de agua, que hacían de la vida diaria un continuo sobresalto. Instado por el Infante, regresa

(*Mus musculus*), el Conejo (*Oryctolagus cuniculus*) y las ratas (*Rattus sp.*), todos ellos ampliamente distribuidos en la isla.

Quizás el principal problema medioambiental que tiene en la actualidad Porto Santo es la erosión inducida por el hombre. El turismo de sol y playa, aún incipiente, puede cons-

al poco tiempo con nuevos bríos, que no tardarán en ir decayendo, al tropezar con los condicionantes citados anteriormente.

Cabe reseñar que, a finales del siglo XV —concretamente en junio de 1498—, Cristóbal Colón pasó por la pequeña isla, en el transcurso de su tercer viaje rumbo a América.

Durante los siglos siguientes, la vida de los porto-santenses va a estar ligada a la tierra, dentro de un paisaje de sequero —el regadío nunca tuvo una importancia digna de mención—, con buenas condiciones para los cereales (centeno, cebada y trigo), siendo denominados estos terrenos como tierras de pan, contraponiéndose años de buenas cosechas con otros en los que no había grano que trillar, con las consiguientes hambrunas. Se consumían hasta las semillas, y se vendía gran parte del ganado —la otra actividad cotidiana— a la vecina isla de Madeira, desde la cual, a su vez, se intentaba paliar la dramática situación. No obstante, no sólo la naturaleza fue adversa, pues la isla vivió siempre olvidada de la metrópoli y menospreciada por el gobierno local. La mayor parte de los señores y propietarios de tierras abandonaron la isla, llevándose consigo lo que pudieron para Funchal, donde vivían fastuosamente, dejando los campos onerados con pesados tributos. Además, fueron atacados con frecuencia por piratas y corsarios árabes, franceses e ingleses, que se llevaban lo poco que quedaba. Ante este panorama tan desolador, bajo el gobierno de Marques de Pombal —en torno a 1770—, se van a dar órdenes concretas a la autoridad local. Queda así prohibido que cualquier persona no residente en Porto Santo posea tierras. Además, se decretó la redistribución, para los moradores que quisieran trabajar, de las propiedades de los no residentes, junto con otra serie de medidas de diversa índole (por ejemplo, 10 años exentos de pagar el décimo).

En 1780, el gobernador volvió a decretar instrucciones rigurosas, pues la situación poco se había modificado. Se ordena que sean plantadas

viñas en todos los terrenos de arena —para evitar la proliferación de dunas—, así como el fomento de la reforestación y las pesquerías. A su vez, ya a lo largo del siglo XIX, se produce la pérdida de influencia del grupo social ligado a la cría de ganado, que siempre frenó la consolidación de la actividad agrícola, por la dificultad puesta a que los terrenos fueran regularmente labrados.

Finalmente, destacaremos el Plan de Fomento Hidroagrícola y Forestal de 1951, que sirvió para salir de la perenne decadencia y olvido, notándose un resurgimiento económico escalonado a medida que se iban terminando las obras previstas: presas de agua para regadío, energía eléctrica, mejoras viarias, etc.

El Porto Santo de hoy ha cambiado y está cambiando de manera significativa. Tiene una población de unos 5.000 habitantes, concentrados en su capital, Vila Baleira, y sus alrededores, quedando en el norte el núcleo de Camacha. Llama la atención en su reducida superficie la enorme pista de aterrizaje de su aeropuerto, que llevó consigo el sacrificio de viñedos y el traslado de personas de Dragoal —inequívoco topónimo que confirma la presencia de dragos en el pasado— y de Areias, hacia la base sur del Pico do Castelo. Los fines, en principio, han sido militares: la OTAN lo consideró como un enclave prioritario en términos de defensa estratégica, con el paso de aviones A7 y F16, que dotaron al aeropuerto de una serie de infraestructuras que pueden servir para otros objetivos. Al hilo de esto, un ex-ministro de la República para Madeira, trabajó en un proyecto para que sirviera como base de reabastecimiento de combustible de aviones comerciales cuyo destino fuese Europa, lo que, a su vez, contemplaba la construcción de hoteles para la instalación de los pasajeros en tránsito. Por suerte o por desgracia, todo esto quedó aparcado en algún cajón de un despacho...

El otro punto de la isla que destaca por sus dimensiones —unos 9 km— es la playa situada en el sur, de finas arenas doradas —con reconocidas propiedades medicinales—, en torno a la cual se están desarrollando hoteles y apartamentos para la gran avalancha de gente que todos los veranos se cita en la “*ilha dourada*”, con los consiguientes problemas de índole ambiental: generación de residuos sólidos, mayor presión en un medio muy frágil, escasez de agua, etc., no siendo suficiente la desalinización, ya que se producen

sobre todo en la época de la siega. Hoy apenas se siembran algunos alqueires (en Porto Santo esta medida equivale a 11 kg) de trigo, sandías, y las vides, que todavía se encuentran en distintas zonas protegidas con muros de piedra o cañas. En lo referente a los animales, se ven aún cabras, vacas y algún burro.

Para finalizar, diremos que en los últimos tiempos se palpa una enorme apetencia por las inversiones turísticas, que si se materializan pueden ser saludables, pero siempre encuadradas en

una política equilibrada de desarrollo, que respete el medio ambiente, la calidad de vida y el patrimonio cultural porto-santense. Se impone una arquitectura de calidad, no agresora del paisaje. Infelizmente, ya se pueden apreciar algunas construcciones que en nada benefician la imagen de la isla: casas para residen-

cia o vacaciones sin lo más mínimo de calidad. Tampoco beneficia la abundancia de pedreras, chatarras, extracciones de arena, basureros, para los que urgen rápidas soluciones. Con todo, también hay urbanizaciones dignas de las mejores referencias. Es necesario desarrollar un programa de salvaguarda de las casas con cobertura de salão (tierra bastante arcillosa), ya que muchas están en ruinas, al igual que las eras y los molinos de viento, testimonios inequívocos del pasado agrícola. En suma, debe tenerse en cuenta la importancia del patrimonio cultural —modesto, es cierto, pero de gran dignidad—, símbolo de la resistencia estoica de un pueblo a los pocos recursos agrícolas. ●



En Porto Santo aún perduran las actividades tradicionales como la ganadería.

cortes en el suministro, teniendo que acudir la población a la fuente municipal en algunas ocasiones. Algunos empresarios proponen que el turismo podría venir durante todo el año, pues su clima seco y estable, con mínimas variaciones térmicas, contribuiría a ello; sería a través de otras alternativas: congresos, deportes relacionados con el mar o senderismo (la isla no es sólo playa, ya que la zona de los picos o la costa norte son de gran belleza).

En cuanto a la agricultura y la ganadería, lejos quedan los tiempos en que se cultivaban lentejas, chicharos y cebada, y en que venían jóvenes de Machico y otros lugares de Madeira,